



Aunque política, ciencia, espiritualidad, ética, técnica y estética pueden entenderse como las tintas fundamentales con que hombres y mujeres teñimos la historia, la realidad es que cada biografía individual puede leerse como la impronta singular, tal vez irreplicable, que cada quien deja en su tiempo. Este reconocimiento de que nuestro rol es único, aunado por supuesto a nuestra conciencia de finitud, confiere al concepto de vocación su sentido de gravedad.

Ante la diversidad de las huellas posibles con que podemos pintar la historia —que va de lo célebre a lo íntimo y de aquello que, por atender a la razón histórica de un tiempo, marca a una generación, a la vulgaridad estadística del record Guinness— *la herejía* resalta por su paradójico talante moral. Los auténticos herejes, a los que me refiero, son aquellos que, por supuesto, no creían serlo. Juraban estar en la verdad y se sostuvieron, incluso heroicamente, en ello (jactarse de herejía constituye un síntoma de la descomposición moral de tiempos como el nuestro que, en el fondo, desdeñan la filosofía). Personajes como Giordano Bruno y Simón el Mago encontraron, junto con los gnósticos y los cátaros, en este singular nicho su pasaporte a la historia.

Pelagio, aunque menos célebre, transitó también la historia en este carro. Fue un religioso contemporáneo de San Agustín que en su tiempo amasó una cierta fama y trascendió en la historia de la Iglesia Católica por sostener una herejía que, curiosamente, pudiera ser suscrita por una porción significativa de nuestros contemporáneos: la salvación no requiere del bautismo, dado que no hay pecado original.

Detrás de esta doctrina, que por estar cifrada en términos teológicos pudiera parecer hoy irrelevante, se esconde

El espejo de las ideas Contra el pelagianismo, teología jarocho

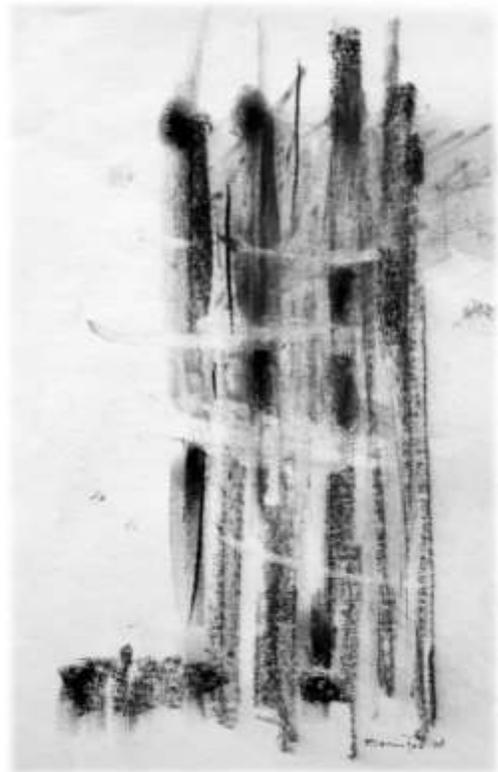
EDUARDO GARZA CUÉLLAR

la propuesta antropológica de este monje esforzado, especialmente dotado y carismático: la salvación —que hoy podemos traducir como felicidad, realización personal o plenitud— es la consecuencia, pudiéramos decir el premio, de una vida indefectiblemente virtuosa. Nuestra vida es un ascenso complejo, de ninguna manera exento de retos y de obstáculos, en cuya cumbre se encuentra un dios, dispuesto a premiar a sus mejores alpinistas.

Desnuda de teología, la doctrina de Pelagio se revela como una versión medieval de la filosofía de la excelencia personal: a grandes dosis de esfuerzo, grandes dosis de felicidad; a grandes logros individuales, grandes trofeos: el desarrollo humano y la vida entendidos como una travesía y como una competencia.

No es fácil desmontar esta creencia, como ninguna de las que cimientan la mentalidad contemporánea. No es posible hacerlo sin mover un poco el total de nuestro sistema cultural.

Este País cultura 19



Se requiere salir de la matriz para, desde afuera, reconocer sus deformidades. Se necesita quizás experimentar en carne propia la debilidad. Sentir la miseria. Perder alguna vez. Llevar nuestras posibilidades morales a sus límites. Experimentar, aunque sea momentáneamente, la dimensión trágica de la existencia, esa que la posmodernidad evade creativa e invariablemente. Desde allí, descubrimos que ninguna de nuestras prácticas competitivas garantiza *la producción de la felicidad total*, que las ofertas de la cultura de la competencia son enajenantes y hasta ridículas, que nada de lo que hagamos, por virtuoso que sea, puede merecernos la perfección ni, mucho menos, la vida eterna.

La Iglesia Católica consideró herético el pelagianismo pensando que, llevado a sus últimas consecuencias, reducía la experiencia cristiana a una especie de rally moral; la salvación, a un logro de la virtud sostenida, y a Dios, a una especie de juez supremo, árbitro universal, pero finalmente ajeno a la condición humana.

Reducir el cristianismo a un código de ética y entender la beatitud como el premio para quienes compiten acatando sus normas ha sido una tentación recurrente a lo largo de la historia que, como tal, requiere desactivarse desde una teología arraigada y sólida, como la jarocho.

Desde niño había escuchado y cantado los versos de la bamba: “Para subir al cielo se necesita una escalera grande y otra chiquita”. Pero no fue sino en una crisis de fe (y también quizá por un triunfo del ocio) que comprendí su sabiduría.

Cuando el ser humano se topa con la realidad contundente, ¿angustiante?, de no bastarse a sí mismo, cultiva

su espiritualidad de una manera más o menos consciente y más o menos decidida. Engendra así una primera dimensión del fenómeno espiritual, *la religiosidad*, que tiene la característica de estar cimentada en nuestras propias fuerzas, de abarcar, por así decirlo, todo *lo que está de nuestro lado* en la búsqueda de lo trascendente, una escalera que se apoya en la tierra: la chiquita.

Pero la tradición judeocristiana, al apostar fundamentalmente por el encuentro, se define también por la confianza en el segmento de la escalera que no se apoya en la tierra, sino que se despliega desde el cielo: la escalera grande de la teología jarocho, la manifestación de la apuesta y la pasión de Dios por el hombre.

El desarrollo espiritual adquiere signos distintos en las distintas partes del trayecto. Si la escalera chica nos exige asirnos, la grande nos invita a soltarnos. Si la religiosidad apela a nuestra voluntad, la religión nos exige abandono. Si caminar en la primera es cuestión de ascética, hacerlo en la segunda es un asunto de confianza.

Muchos de nuestros tropiezos se dan cuando confundimos sus exigencias, especialmente cuando nos esforzamos en la parte del trayecto en la que debiéramos soltarnos, cuando nos apoyamos en lugar de abandonarnos. También caemos en el error opuesto: el del providencialismo y la falta de disciplina de quien, estando llamado a dominar la voluntad, deja cínicamente todo a la acción del Otro.

El encuentro religioso, como todo diálogo, sugiere bidireccionalidad y alternancia de roles. Por ello —aún sobre la base de la desproporción infinita entre Dios y su criatura— el juego recae por momentos en nuestro esfuerzo, en todo ese conjunto de prácticas que podemos asociar con la escalera chica. La escalera chica apela a la confianza en nosotros mismos, la grande apela a la humildad: nos invita a reconocer el límite de nuestras fuerzas racionales y volitivas.

¿Es esto una condición exclusiva del universo espiritual? ¿O más bien, es la dimensión espiritual sugerencia y metáfora del desarrollo humano y del encuentro? Si es así, esta reflexión entrañaría fundamentalmente una invitación a respirar, a un juego que depende en su efectividad de la alternancia entre el apoyarse y el soltarse, entre el pensar y el creer, el tomar y el soltar para, con la elegancia del trapecista, reconocer el momento preciso en que debemos desasirnos de nosotros mismos para confiar en el vínculo. ~

